

tenian en el mundo otra tanta oposicion, como vos, à la vida penitente: que en el mundo podian prometerse tanta felicidad, y contento, como vos: que havian passado en el sus primeros años con tan buena vida, y con tanta inocencia, como vos; y no obstante dexaron el mundo por passarse al Calvario, como vos. Assi vivian las Claras, las Theresas, las Isabeles, las Cathalinas, las Gertrudes, las Franciscas, las Eustaquias: assi viven à vuestra vista tantas almas santas, cuyo trato os enseñará hasta donde puede elevarse con la gracia Divina la flaqueza humana; y os hará palpar, que cabe vivir en la Cruz, y vivir contenta. Podrà, lo que antes de ti han podido millones de personas Religiosas; practicarás à su exemplo, lo que practicaron las primeras, à exemplo de J. C. Este es el objeto, que les hizo despreciables los trabajos: un Dios muerto, no obstante toda su inocencia: un Dios castigado por amor de ellas: un Dios que padece porque ellas no padezcan. Qué paciencia, qué constancia, qué alien-

aliento no es capáz de inspirar en una alma tal espectáculo? A su vista se desvanecen todas las miras de la carne, todas las repugnancias de la naturaleza, todas las contradicciones del mundo, todas las tentaciones del demonio. El dolor mas sensible que queda, es de no ofrecer sacrificios, que iguallen el tamaño de los que tienen à la vista. Sean los que fueren los males que se sufren, dice San Agustin, se siente, que no llegan à los azotes, à la vestidura de escarnio, à las espinas, à la Cruz del Salvador. Se siente, se gime, se quisiera dar sangre por sangre, vida por vida; se redobra el fervor, se olvida que es mortal, y viene à ser santamente cruel contra si misma; se vá à dar en aquellos excessos piadosos, que han obligado en la muerte à los Franciscanos, à los Bernardinos, à pedir perdon à sus cuerpos; se labran, se consumen, se destruyen insensiblemente, y no siendo lícito de hacerse morir de una vez, hallan un medio lícito de hacerse morir cada instante.

En vano, algunas almas carnales, mo-

vidas de una compasión, sin fundamento, procuran mover con representaciones importunas, á que pongan límites al espíritu de penitencia, que ha tomado possession, y domina en el corazón. Los ojos bueltos á mirar el Calvario, hallan desde luego (dice Tertuliano) en un Dios Crucificado la respuesta á todas las dificultades de estos falsos advertidos. Se les dice con Job: Vosotros sois falsos amigos, parlantes enfadosos, consoladores cansados. Se les dice con Isaías: Fuera de aquí tentadores, dexadme en paz llorar, y no me quiteis un dolor, que vale el bien que perdí. Se les dice con Urias: Joab, mi Amo, y todos los Israelitas toleran las duras fatigas de la guerra, cubiertos de sangre, y de polvo, y podrá yo al mismo tiempo entregarme al descanso, y tratar de mis comodidades? Se les dice con San Pablo: Sacrificaré todas mis cosas: me sacrificaré á mí mismo. J. C. es mi verdadera vida. El morir será ganancia para mí. Havrá aliento para decirle con el Salvador: Apartate de mí, Satanás, que eres escanda-

dalo para mí? Qué pretendes, que yo dexé de beber el Caliz, que mi Padre me ofrece? Mira bien este Dios muriendo; en él registrarás mi disculpa, y mi justificación. Pienzas que puede ser mucho lo que por él se hiciera? Quá viene á ser quanto yo haga á vista de lo que hizo por mí? *Quid hæc? Quid ad Dominum meum?*

No, M. A. S., no por cierto: Yo no me espanto de lo que leo en las Historias Ecclesiasticas, de tantos, y tan admirables Penitentes, que han vivido sobre la tierra, como si su cuerpo fuese de marmol, ó de bronze; como si su cuerpo no fuese suyo; como si no tuviessen cuerpo. El Soldado, que vé correr la sangre de su Rey, se arroja con furor en medio de la mayor refriega, corre sin reparo á los mayores riesgos, y no se pára á pensar, si se aventura mucho; como dice San Bernardo, un Christiano podrá quejarse de sus dolores, quando vé los de J. C. *Bonus Miles non sentiet sua, dum illius in tuebitur vulnera.* No me espanto de la constancia de estos ilustres Confessores, que, se-

gun relacion de San Cypriano, vian con ferrenos ojos salir de su cuerpo á borbollones la sangre, entretanto que los verdugos se encarnizaban en atormentar, no miembros de sus cuerpos, sino heridas, y desgarros de su carne, y con las puntas de acero en el fondo de sus entrañas, buscaban un pequeño resto de vida, que los sostenia aún. Dónde estaba el alma de estos generosos Martyres? Estaba, dice San Bernardo, en un lugar de seguridad, escondida en las Cabernas de la Piedra viva mysteriosa, guardada en las Llagas de Jesus Crucificado. Desde allí desafiaba los suplicios, como que á tal altura no podian llegar: en aquel lugar inaccesible al dolor, gozaba de una paz profunda, mientras que la carcel de su cuerpo, desvaratada insensiblemente, quedaba por despojo, y presa de los tyranos: *Nempè intuito, in petra, in visceribus Jesu, in vulneribus potentibus ad introendum.* O Llagas adorables! con qué hechizos tan eficaces sabeis hacer á una alma, á las pruebas, las mas dolorosas, y las mas terribles para la naturaleza!

Voso-

Vosotros no sabeis de esto, gentes del mundo, ni lo entenderéis tan presto. Un Dios muriendo en una Cruz por vosotros, es para vosotros un objeto indiferente, olvidado, desconocido, que no os mueve á cosa, que no os enseña cosa, que nada dice. Mas si ahora está mudo para vosotros, há! que él os hablará algun dia de una manera formidable: *In novissimo dierum intelligetis ea.* En la muerte, eu la muerte, quando un Ministro Sagrado para prepararos al ultimo conflicto os pondrá á la vista el Crucifixo, que os era tan desconocido: qué impresiones de sobresalto, de desesperacion no causará en vuestro corazon este Dios, que se os pone delante, no yá para instruiros, para consolaros, para salvaros, sino para juzgaros, para condenaros? Entonces la fé, y la conciencia, despertando de golpe al relampago de la vela lugubre, que os alumbrará, aunque no querreis, y os hará entender estas grandes verdades; mas ay! Con cuánta amargura, y desconuelo? De quién es esta Imagen, diréis vos en vuestro interior:

Cu-

Cujus est Imago hæc? Ay! Qué es de mi Salvador! Aunque tan desfigurado, no puedo dexar de reconocerlo; esta es la Imagen de mi Dios, el estado en que le veo es obra de mis pecados; esta es la Imagen de mi Juez; quanto descubro en él, todo me condena. Yo, de quien soy imagen? Obligacion mia ha sido ajustarme á este modelo. Se reconoce en mí, halla en mí algunas de las facciones que veo en él? Qué contra possession tan monstruosa? Un Gefe Coronado de espinas con mi vanidad, con mi inmodestia, con mi profanidad, con mis modas, con mis galanuras? Un Cuerpo destrozado á golpes, en qué se parece á mi delicadeza, á mi ociosidad, á mi sensualidad, á mis críminosos deleytes? Un Dios enclavado en una Cruz, y enclavadas en mí la ambicion, la venganza, la codicia, la impiedad, la dissolution? O mundo! ó amigos del mundo! ó contentos del mundo! Dónde estais? Qué me queda de vosotros? En qué manos me dexais? Ah! y qué consuelo sería en aquel passo, haver passado mis días en Religion,

ha-

haver hecho penitencia, haver llevado la Cruz! Deseos inútiles, pesares sin provecho, yá no es tiempo, lo que importaría era haverlo pensado antes, y haverlo determinado en tiempo: *In novissimis dierum intelligetis ea.*

Esto que causa la desesperacion de los mundanos, será por lo contrario, M. Amada S. el objeto de vuestra mas dulce confianza. Nada verás en Jesus Crucificado, que no te inspire seguridad, que no te influya consolacion. Abrazarás con ternura este signo de la salud, amado constantemente; tus manos desalentadas harán todo el posible esfuerzo por aplicarlo á tus labios, y morirás entre sus brazos. Passó el Invierno, se os dirá entonces, los nublados se desvarataron, se acabaron los trabajos, cesó el destierro, mira la eternidad, y su gran dia, que comienza para nunca acabar: *Jam hiens transist imber abiit, & recessit surge amica mea, & venit.* Levantaos, amada Esposa, venid á uniros con vuestro Esposo. Le seguiste hasta el Calvario, entraste á la parte en su padecer:

Tom. V II.

Ee

cer:

cer: vén, justa cosa es, que tengas parte en sus delicias, y que en su compañía reynes en la Gloria. Aliento, pues, ò alma fiel: sosténos con la paciencia (dice San Bernardo) en la esperanza de este fin bienaventurado: vamos, amada Sor mia, vamos generosamente á la Cruz; no hay que dár oídos á la carne, y sangre; clavémonos en la Cruz; perseveremos en la Cruz; muramos en la Cruz; que nos esclaven ajenas manos, no nuestra ligereza, ni nuestra propia voluntad: *Persistamus in Cruce, moriamur in Cruce, deponamur aliorum manibus, non nostra voluntate.* Triste leccion! Pero hay otra que dár á Discipulas, á Esposas de un Dios Crucificado? Si padecemos con él, (dice San Pablo) seremos glorificados con él. Si morimos con él, es fé Catholica, que viviremos eternamente con él. Pero para lograr tan gran dicha, no basta haver llevado á Jesu Christo en su cuerpo; es menester mas, llevarle en el corazon: *Inspice, & fac*: esta es la

unidos con nuestro Espo. Lo legítimo. de Calvario, entrase á la parte en su padec. cor: Eo. N. II. SE-

SEGUNDA PARTE.

LLevar á J. C. en su corazon, viene á ser lo mismo, que partir con él los trabajos interiores de su alma; esto es, renunciar su propio juicio, y su propia voluntad: es despojarse de su propio sentir, y de sus propias maximas, por revestirse del espíritu de Jesus clavado en la Cruz: es hacer propias sus miras, sus idéas, conformarse á su gusto, á sus inclinaciones, á sus deseos; es, en una palabra, reglar sobre su juicio, sobre sus maximas, sobre sus afecciones, todas las acciones, todas las disposiciones de un corazon, que no debe vivir, sino es de la vida sobrenatural del Hijo de Dios; porque sería cosa poca, M. A. Sor, reformar el hombre exterior, si no se logra renovar el interior. Sin este interior nada serías, mas que una estatua, un fantasma de Religiosa. A la imitacion del Cuerpo de Jesus, es necesario, y es la mas esencial de vuestras obligaciones, añadir la imitacion de la penitencia de su corazon. Por qué?